EDITORIAL
UCR
LA MUJER
DEBAJO
DEL PUENTE
Luis Diego Rojas Vargas

La mujer debajo del puente

Luis Diego Rojas Vargas

EDITORIAL
UCR
2016

Autonomía Universitaria
Condición de un pueblo libre

CR863.5
R741m Rojas Vargas, Luis Diego.
La mujer debajo del puente / Luis Diego Rojas Vargas – 1. ed. – [San José], C. R.: Edit. UCR, 2016.
64 p.

ISBN 978-9968-46-575-5

1. LITERATURA COSTARRICENSE – CUENTOS. I. Título.

CIP/2955
CC/SIBDI. UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2016.

La EUCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *María Balbina Chaves C.* • Revisión de pruebas: *el autor*
Diseño y diagramación: *Lisa Sánchez A.* • Control de calidad: *Grettel Calderón A.*
Diseño de portada: *Boris Valverde G. y Adriana Benavides*
Fotografía de portada: *Ayelen Mattaini Portraits*, 2014, fotografía de Felipe Huertas.

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.
Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr
www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: enero, 2016
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

1

El vapor se cuela entre mis párpados. Mis dedos arden.

Al sostener con ambas manos la cerámica ardiendo y acercar a mi rostro la jarra para sorber un trago amargo de té, advierto la necesidad de cerrar ambos ojos para evitar que el vaho caliente me ciegue.

Aquí estoy, como todos los días desde aquel fatal instante, sentado sobre la banqueta, vestido con no más que unos calzoncillos y una camiseta ligera, tendido en la penumbra y encorvado en dirección al teléfono silente, esperando una señal. Desde dentro de la habitación, el silencio impera, todo está tranquilo, a excepción de los silbidos de mis labios con cada sorbo de té y el traqueteo del banco que se fricciona contra el suelo de tablillas. Afuera, la lluvia cae, inclemente. Uno que otro rayo luminoso intermitente subraya las facciones de mi rostro, cansado y cargado de decepción.

Son las diez y veintitrés pe eme, marca el reloj circular que cuelga en la pared cercana al teléfono. En esto se han convertido mis noches

desde el día en que Eva cortó el lazo que nos unía con unas tijeras de costura gruesas y oxidadas. La había llevado a una montaña alejada del bullicio citadino, solos nosotros dos, acompañados por una botella de vino tinto, unas cuantas aceitunas y quesos importados en una canasta. Atardecía y los rayos de sol se asomaban por el horizonte, alargando las siluetas de nuestras sombras sobre el césped reseco y dorado. La brisa fresca sacudía el pelo largo y castaño de Eva. Yo entrecerraba los párpados con cada ráfaga. El aire estaba frío y en ese momento era capaz de arrancarme la piel de un tajo para abrigarla a ella. El carro, un jeep que compré de segunda mano y con algunas manchas de óxido en las esquinas de la carrocería, se encontraba estacionado a un lado del camino de lastre y los vidrios resplandecían con el reflejo del sol y las nubes. El destello del parabrisas se cernía sobre nosotros y a ratos me golpeaba en la cara. Yo apartaba la mirada hacia otro lado para escapar del halo de luz. Prefería verla a ella a los ojos, tan frágil, tan clemente. Nuestros seres estaban conectados por medio de un vínculo que recorría de un corazón a otro, del cual fluía una sangre compartida, dulce y espesa.

Sin embargo, como todo llega a su fin, cuando menos me lo esperaba, Eva decidió alejarse de mí. Se escabullía de mis abrazos y se aferraba a la soledad de la ráfaga fría. No era la misma Eva de siempre. Tuve una premonición maldita de que nuestra relación no andaba bien semanas antes y hubiera preferido equivocarme en ese momento.

—Terminemos —me dijo.

Yo, no sé qué decir.

Ella me dio un último abrazo, sin apretujar ni un poquito. El abrazo más insulso de mi corta vida. Nos mantuvimos en silencio con la mirada fija en el césped que bailaba de manera irónica a nuestros pies. Así sin más, la sangre empezó a brotar a cántaros del lazo recién cortado, tiñendo el césped de rojo y yo me desangraba hasta el vacío.

Nos montamos en el carro sin decirnos nada. Conduje lo más rápido que pude sobre el camino de lastre por las laderas de la montaña. No intercambiamos ninguna palabra durante el viaje de regreso, aunque pude ver por el rabillo del ojo que Eva tenía una cara de pánico por la

velocidad en la que conducía. Al llegar a su casa, sin mirarme a los ojos, me explicó que no había explicaciones al respecto. Luego me prometió que lo pensaría, que fue una decisión impulsiva, pero que debía aclarar la mente por un tiempo. A solas.

—Cuando me decida, lo sabrás. Te llamaré un día de estos a las diez y treinta y cinco de la noche. En el momento justo, te daré una última respuesta. —Me dijo, con la mirada dirigida hacia sus muslos, cubiertos por la fina tela de su falda; por pura casualidad, una que yo le había regalado en uno de sus cumpleaños.

Esto fue hace cuarenta y tres días y yo sigo esperando la llamada.

Las diez y treinta y cinco de la noche. A esa misma hora, pero dos años atrás, Eva y yo nos conocimos durante el intermedio de una hermosa obra de teatro en el centro de la capital. Una adaptación de la majestuosa obra de Tennessee Williams: "Un tranvía llamado deseo" e interpretada por un puñado de mis actores y actrices favoritos. Había llorado. Eva notó mis ojos enrojecidos y se me acercó para ofrecerme un pañuelo. Siempre tan bondadosa, tan sensible. Charlamos un poco sobre la obra. Ella estaba sentada en la butaca opuesta, pero nos trasladamos de asientos para acomodarnos juntos. Al final de la obra, aplaudimos y salimos uno al lado del otro. Ella entrelazó su brazo con el mío y caminamos así por un par de horas, hablando sobre literatura y música. Su libro favorito es "Cumbres borrascosas" de Emily Brontë. Aunque no compartía su interpretación de la novela, le di a entender que la había disfrutado enormemente. Esa noche caminamos hasta la madrugada, terminamos ambos en mi apartamento, nos desnudamos el uno al otro y amanecimos abrazados entre mis sábanas.

Son las diez y veintinueve. Los goterones de lluvia se adhieren a la ventana y se deslizan por el vidrio, pasando entre otras gotas de agua y creciendo en tamaño, se resbalan hasta el alféizar y caen en un charco de agua turbia. Pienso que son mis lágrimas, afuera de la habitación y que por eso están ausentes en mis mejillas.

Si los seres humanos somos seres sociales, ¿por qué no nos soportamos? Toda relación entre personas, por más que uno se convenza que

encontró a la persona indicada, nunca nos satisfará. ¿O nuestro caso es así de particular? Ya no sé qué pensar. Hasta las soldaduras en metal llegan a ceder cuando se oxidan. Eva me lo demostró, una vez más. No necesito más pruebas, ni quiero experimentar de nuevo.

Escucho un maullido en el oscuro rincón de mi habitación. Se acerca, sigilosamente, mi acompañante felino, con sus ojos bien abiertos, como un eclipse solar. Me acaricia las pantorrillas con su cola y se echa a mi lado, luego de bostezar y lamerse las patas delanteras.

El retumbo de un trueno me inquieta por unos instantes. Un destello de luz se filtra por la ventana. Las gotas de lluvia impregnadas en el vidrio dibujan sombras circulares en la pared contraria de mi habitación, creando la ilusión de estar confinado en un espacio subacuático, lejos de la civilización. Se me corta la respiración y levanto mi mano, esperando que alguien me salve. Me sumerjo hasta el fondo del océano, pero parece que nadie se percata de mi desdicha.

Miro el reloj de nuevo, son las diez y treinta y cuatro. Siento cómo mi corazón se acelera. No estoy seguro si es de emoción o ansiedad, tal vez ambas. Este siempre es el minuto más largo de mi día. El minuto de las diez y treinta y cuatro a las diez y treinta y cinco no se siente como sesenta segundos. Parecen sesenta días, o sesenta años. Uno… dos… tres. Cincuenta y siete… cincuenta y ocho… cincuenta y nueve.

Diez y treinta y cinco. Miro fijamente el teléfono, pero este no da señales de vida. Nunca aprendí primeros auxilios, no sé cómo atender a una persona en estado crítico ni podría determinar si respira o no. Me pregunto si hoy será el día que Eva eligió para llamarme. Recuerdo que le gustaba estar en su casa las noches de lluvia, probablemente esté sola. Espero.

De pronto y sin previo aviso, la manecilla del reloj se mueve del cinco al seis. Son las diez y treinta y seis. Nada que hacer por hoy. Ha llegado la hora de ir a dormir, de nuevo, con el corazón en la mano. Camino hacia la cama, la lluvia me tranquilizará. Me cubro con las sábanas, que me abrazarán hoy también. Mañana es lunes.

2

"Clic, clic, clic. Clic. Clic, clic. Clic." Escuchar el tecleo incesante es mi martirio por trabajar en un medio de comunicación reconocido. Soy periodista o eso dicen. Por lo usual me envían a cubrir eventos desafortunados y temas de irrelevancia nacional, pero yo sé que por algo se debe empezar.

La oficina parece más un galerón amplio, con paredes de ventanales que nos levanta por sobre los tejados de la ciudad. La luz blanquecina y cegadora de los fluorescentes tiñe el mobiliario de un alumbrado lechoso. Al rato, el ojo se acostumbra pero la luz pasa a incorporarse a tal punto que nos alcanza hasta la médula. Las pantallas de las computadoras captan hasta la más distraída mirada y los teclados están a punto de lanzar chispas al aire.

Hoy me llamó mi jefe, un tipo bigotudo y de mirada siniestra, con facciones envejecidas y contextura demacrada debido a su pésima alimentación, algo que seguro cualquier nutricionista inexperimentado podría reprocharle al instante. Con voz reseca, me pide redactar una

nota acerca de un puente que el gobierno está a punto de derribar. Es un puente muy viejo, con cimientos de hace varias décadas, debilitados por el paso del tiempo y oxidados por la humedad del río que pasa por debajo del tablero. Un puente muy pequeño, de esos que poca gente conoce. Si acaso, apenas cabe un carro pequeño que debe pasar con cuidadito y sin cargar mucho peso para que no se desplome la estructura. Probablemente nadie lo extrañará, piensa el gobierno.

A decir verdad, ese pequeño e insignificante puente ha sido motivo de controversias a nivel nacional. Cuando grupos revoltosos reclaman injusticias, los medios no tienen permitido mantenerse callados. Al lado norte del río, una compañía inmobiliaria con conexiones políticas inexorables ha adquirido el terreno para construir un mega centro comercial, el más grande del país. La finca pertenecía a un inversionista, un pedazo de tierra en abandono que antes fuera un sembradío de café y donde hoy solo quedan los troncos podridos. Ya los planos fueron diseñados y los permisos de construcción adquiridos. En el banco sur del río, apenas se mantienen en pie unas casitas improvisadas, coronando uno de los barrios marginales alejados de la capital.

Los desarrolladores, quienes piensan en todo y están al tanto de las posibles insatisfacciones de sus futuros clientes, quieren cortar de raíz el problema de la inseguridad en su centro comercial. Han presionado al gobierno para que cierre el paso de una orilla del río a la otra. ¿Y qué mejor forma que destruyendo el camino? Así se han manejado las cosas. Se ha hecho una infinidad de estudios sobre los peligros latentes de un puente que está pronto a desestabilizarse, sobre el pésimo estado de la estructura y hasta una promesa de construir un nuevo puente en un futuro no-tan-cercano.

¿Mi trabajo? Convencer a nuestros lectores de que la demolición del puente es una medida sensata y necesaria para garantizar la seguridad de los vecinos. ¿La verdad del asunto? Es una medida desesperada por esconder una realidad que a pocos nos gusta afrontar, principalmente en casos donde se nos atribuye la responsabilidad a todos por elegir cómodamente un mismo sistema que continúa fallando en repetidas ocasiones, a pesar de nuestros propios agravios colectivos.

Yo sé que sin el puente, los habitantes del barrio cercano al río tendrán que caminar por una ruta más larga para poder cruzar el río y llegar a sus trabajos, los cuales debo decir, son tan inestables como el mismo puente. El descontento es inminente pero la burguesía calla. Me pregunto si esta es la verdadera forma de solucionar el problema.

—¡Felicidades! —Humberto, un compañero de trabajo, se acerca y me estrecha la mano con una sonrisa dibujada en su rostro. Había olvidado que hoy es mi cumpleaños. Muy extraño que alguien más lo recuerde por mí. Yo no me acordaba. Humberto tiene casi mi edad, es una buena persona, pero le falta personalidad. He notado cómo todos le pasan por encima y él no hace nada al respecto. A veces siento lástima por él, a veces me molesta que sea así. Pero todos somos distintos, creo yo. Hoy usa una camisa de cuadros, un poco desteñida, como si se la hubiera regalado alguien muy especial en alguno de sus cumpleaños pasados y luego de muchos días de uso y lavado ya se encuentra ajada, completamente acorde a su carácter.

Un par de personas más me desearon un feliz cumpleaños. Incluso, una compañera quien sé que se siente ligeramente atraída por mí, me trajo un trozo de cheesecake y una candelita encendida. Me obligó a apagarla luego de cantarme cumpleaños con su voz desafinada y me abrazó. No sentí nada, a pesar de la minifalda y el escote apretado.

Me dirijo a mi escritorio y me preparo para salir. Rebusco entre las carpetas manchadas con anillos de café seco y, accidentalmente, me corto el dedo índice con una hoja de papel. Una gruesa gota de sangre roja y brillante empieza a brotar de la herida, como un pequeño volcán en erupción. Presiono el dedo herido con las yemas del pulgar y el índice de mi otra mano y la sangre fluye en borbotones. Me limpio con una hoja de papel y hasta después me percato que era mi currículo, ahora manchado de sangre.

Volteo la mirada y me asomo por la ventana para ver la ciudad a mis pies, violenta e insensible, desde un séptimo piso. A la distancia, veo cómo un encapuchado saca una navaja frente a un pobre oficinista y le obliga a entregarle sus posesiones. Un escalofrío de vulnerabilidad me paraliza por unos segundos, pero el día continúa y planeo llegar al puente antes de mediodía. El camino es largo y entroncado.

Acerca del autor

"Desde pequeño, ha sido reconocido por tener una mente inquieta, con deseos de contar historias basadas en personajes ficticios que habitan en su cabeza. Estudió en una escuela y colegio bilingüe, y ha estado interesado desde siempre en los idiomas y diversas culturas.

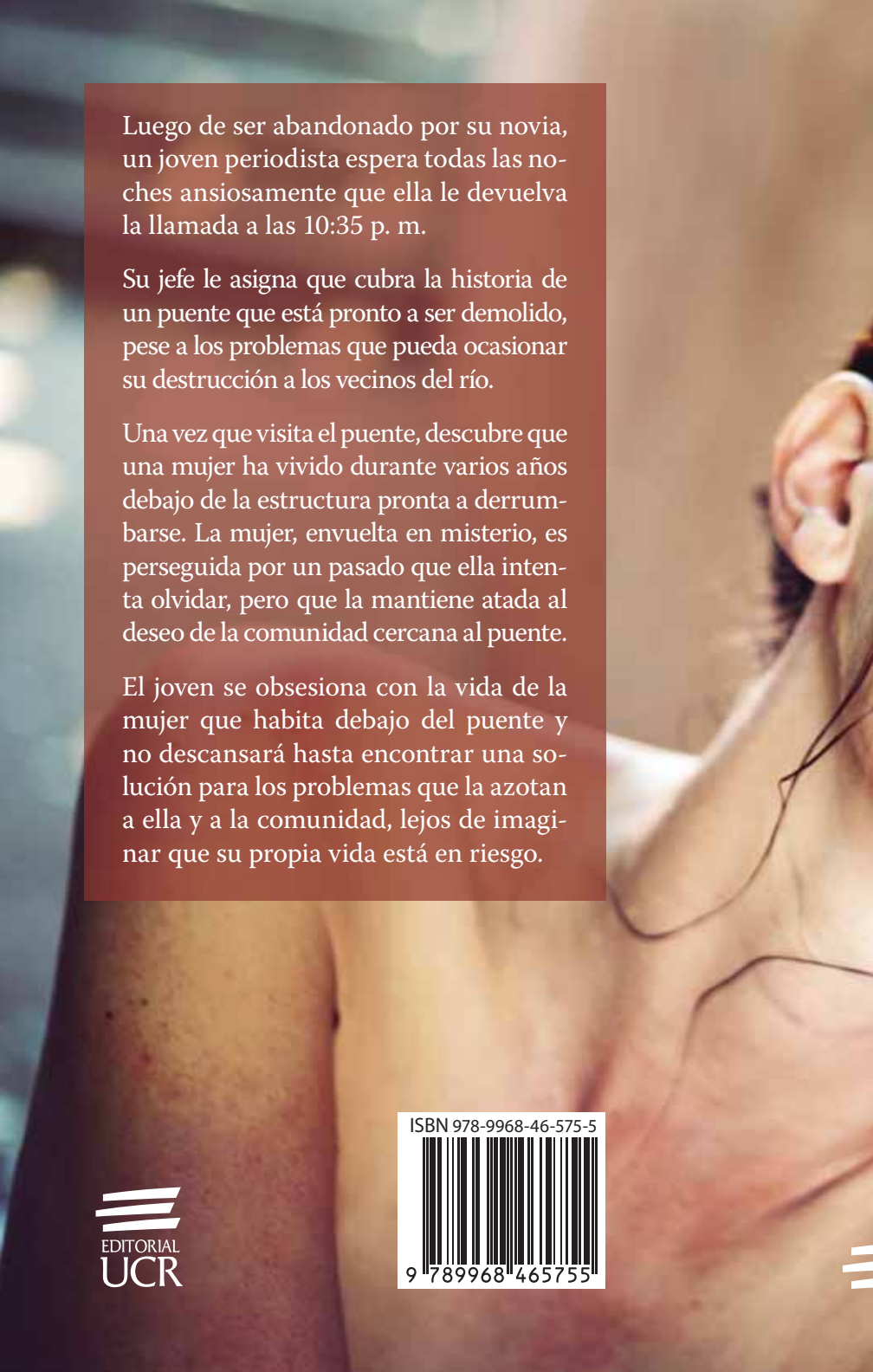
Ingresó a la Universidad de Costa Rica y empezó sus estudios en comunicación colectiva con énfasis en publicidad. Pronto empezó a estudiar también dirección de empresas.

Sus proyectos personales involucran siempre contar relatos. Realizador de cortometrajes y escritor de cuentos cortos, se encuentra trabajando en su segunda y tercera novela. Mantiene la esperanza que lo mejor está por venir para Costa Rica y está dispuesto a trabajar por lograrlo."

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR
VIRTUAL



Luego de ser abandonado por su novia, un joven periodista espera todas las noches ansiosamente que ella le devuelva la llamada a las 10:35 p. m.

Su jefe le asigna que cubra la historia de un puente que está pronto a ser demolido, pese a los problemas que pueda ocasionar su destrucción a los vecinos del río.

Una vez que visita el puente, descubre que una mujer ha vivido durante varios años debajo de la estructura pronta a derrumbarse. La mujer, envuelta en misterio, es perseguida por un pasado que ella intenta olvidar, pero que la mantiene atada al deseo de la comunidad cercana al puente.

El joven se obsesiona con la vida de la mujer que habita debajo del puente y no descansará hasta encontrar una solución para los problemas que la azotan a ella y a la comunidad, lejos de imaginar que su propia vida está en riesgo.

ISBN 978-9968-46-575-5
9 789968 465755

EDITORIAL UCR